
La necesidad de un nuevo proyecto socialista

Estela Suárez

La bandera de la democracia y el socialismo”, de Núñez y Burbach, es un capítulo del libro de los mismos autores reconocido con el premio Carlos Fonseca de Ciencias Sociales de Nicaragua.¹

El tema de la democracia y el socialismo es uno de los que más se debaten en el campo del marxismo, y si bien no agota los problemas que configuran la crisis del marxismo actual, indudablemente es uno de los más importantes. Para mí los autores abordan el problema de la democracia desde cuatro ángulos: 1) la democracia en la práctica política de los socialistas y la crítica de los revisionistas; 2) la democracia en la reflexión teórica marxista; 3) el modelo nicaragüense de democracia participativa, y 4) los cimientos de un socialismo democrático. Estos cuatro ejes son analizados desde las siguientes tesis formuladas a lo largo del trabajo:

1. La crisis del marxismo no significa que ya no sean necesarios una teoría y un proyecto revolucionario, sino que deben retomarse para desarrollarlos con los nuevos problemas que afronta la actividad revolucionaria.

2 Para desarrollar una política revolucionaria es necesario; a) un análisis de clases preciso, b) una visión estratégica del socialismo y c) la constitución de una vanguardia revolucionaria.

3 Para construir una democracia socialista es necesario perseguir dos objetivos fundamentales: a) el fin de las desigualdades económicas y sociales, y b) la participación plena de las masas en las estructuras políticas y económicas del país.

4 La estrategia de la revolución deberá incluir la bandera de la democracia reconociendo a) el pluralismo en la revolución, es decir, la diversidad de sujetos sociales en el proceso revolucionario y la diversidad de banderas que los mismos demandan, y b) el pluralismo político en la vanguardia o dentro de la conducción del proceso revolucionario.

Este pluralismo político debe ser considerado fundamental tanto antes como después de la toma del poder, y debe ser mediado por la unidad alrededor de los principios y de una estrategia revolucionaria.

5 En todos los procesos revolucionarios del futuro debe considerarse el pluralismo ideológico que se manifiesta en una gran proliferación de movimientos sociales y que expresa una gran energía y creatividad política e intelectual.

Partiendo de una coincidencia básica con estas tesis, que considero sumamente importantes para el desarrollo de una teoría y una práctica sociales y políticas revolucionarias, me parece relevante comentar otros aspectos de este ensayo.

1. Referencias sobre América Latina

Los autores ubican los procesos democráticos que se dan en América Latina en los años ochenta y la caída de las dictaduras latinoamericanas de Argentina, Brasil, Uruguay y Perú, como una “dada de baja” a sus dictadores por parte de la política imperialista de EEUU. Ellos plantean que el cuestionamiento de las masas latinoamericanas avanza, mientras que la política estadounidense, con su hipocresía habitual, se reacomoda.

Sin dudar de las falsas preocupaciones democráticas del imperalismo norteamericano y del cinismo que apenas logran ocultar los discursos de las administraciones estadounidenses en relación a la democracia para América Latina, me parece que este tipo de afirmaciones implica un conocimiento parcelado de la realidad latinoamericana.

Considero incorrecto que los autores coloquen al gobierno militar de Perú en el mismo plano que a las dictaduras de Argentina, Brasil y Uruguay, y que se les olvide mencionar a la de Pinochet en Chile. También creo que es falso que algún sector o grupo de la izquierda chilena, que ellos caracterizan de revisionista-populista, trabaje hoy —o sea, durante la dictadura de Pinochet— dentro del sistema político establecido persiguiendo metas reformistas, como los autores sostienen en otra parte del texto. Considero que esta afirmación es falsa por la simple y sencilla razón de que la política de Pinochet no ha dejado el más mínimo resquicio para que tal situación pudiera darse.

En el caso de Perú, el gobierno de Velazco Alvarado (1968-1975), si bien se estableció por un golpe militar, fue un gobierno antiimperialista, nacionalista, estatista, que realizó una reforma agraria, y que aunque no

fue democrático, tampoco se caracterizó por una violencia represiva de asesinatos, tortura y terror, como el resto de las dictaduras del Cono Sur; su política fue caracterizada por Fidel Castro como una “nueva vía al socialismo”.

Posteriormente, el gobierno militar de Morales Bermúdez (1975-1980), que sube también por un golpe militar contra Velazco, inicia, desde su primera declaración pública, la apertura democrática electoral en Perú. Por lo tanto, sea que los autores se refieran al régimen de Velazco Alvarado, o al de Morales Bermúdez, considero que el gobierno militar del Perú está mal caracterizado como gobierno títere del imperialismo norteamericano.

Para ubicar correctamente las relaciones entre las burguesías latinoamericanas y el imperialismo yankee es necesario partir del hecho de que las alianzas interburguesas están normadas por intereses materiales y no por afinidades ideológicas. Al imperialismo le convendría que sus aliados en el continente fuesen formalmente gobiernos democráticos, pero esto no siempre es posible y por eso tiene que hacer alianza con gobiernos dictatoriales, cuando éstos tienen una posición de poder real. Además, no a todas las dictaduras latinoamericanas les conviene siempre la alianza con el imperialismo norteamericano.

Un caso significativo en este sentido es el de la dictadura militar argentina (1976-1982) con los gobiernos militares de los generales Videla, Viola y Galtieri, a la cual también Núñez y Burbach caracterizan equivocadamente de títere del imperialismo norteamericano. Un simple ejemplo es suficiente: la lucha por los derechos humanos en aquella época de terror sólo tuvo el apoyo del papa y del gobierno de Carter en la organización internacional de las Naciones Unidas. La Unión Soviética ejercía su derecho de veto para impedir que se tratara la violación de los derechos humanos en Argentina, siendo éste uno de los problemas que más afectaban a la población y la única bandera levantada por una de las pocas organizaciones opositoras que existían en el interior del país, Las Madres de la Plaza de Mayo. La URSS no sólo impidió el tratamiento del punto en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, sino que también condecoró al general Galtieri cuando éste era uno de los triunviros del poder dictatorial en Argentina?

¿Por qué la URSS sostuvo esta política? En pocas palabras, porque había establecido convenios comerciales y diplomáticos con la dictadura argentina, que le vendía cereales en la época del bloqueo norteamericano contra la Unión Soviética. Es indudable que a la Unión Soviética le

hubiera gustado tratar con un gobierno argentino democrático, pero le dio igual que fuera una dictadura, porque priorizó sus intereses materiales. Esto que de ningún modo es una justificación para la Unión Soviética mostró a los argentinos en forma tangible la verdadera cara del “socialismo real”, y a los marxistas internacionalistas, hasta dónde puede llevar la razón de Estado, que en otros casos ha tenido consecuencias más graves, como la invasión militar de los vietnamitas en Camboya, la de la China Comunista a Vietnam, la de la Unión Soviética a Afganistán. A pesar de la importancia que tuvo este hecho en la lucha contra la dictadura en Argentina, también creo que sería falso afirmar que la Unión Soviética impidió el cuestionamiento a la dictadura militar argentina porque es una potencia socialimperialista, que promueve dictaduras, ni que el gobierno argentino fuera en aquel tiempo, un gobierno títere de la Unión Soviética, como lo interpretaron algunas organizaciones maoístas argentinas. Esta sería una interpretación maniqueísta de la política internacional. Por lo mismo, si se quiere analizar con un mínimo grado de objetividad la realidad latinoamericana es necesario abandonar el prejuicio de que las burguesías latinoamericanas son títeres del imperialismo norteamericano. Es necesario reconocer que las burguesías latinoamericanas tienen intereses propios, que a veces coinciden con y a veces disienten de la política del imperialismo norteamericano, y que precisamente en etapas de crisis económicas tan prolongadas como la reciente, aprovechan lo mejor posible las contradicciones entre las potencias, así como las contradicciones interburguesas. La burguesía, como clase, ya sea a nivel nacional o internacional, tiene intereses comunes y contradictorios, en constante competencia. Por todo ello, creo que cada vez es más necesario explicar los motivos de su política analizando los intereses de las distintas facciones de estas burguesías, así como el contexto internacional que las enmarca, y abandonar esquemas simplistas donde todo lo malo se adjudica a la mano negra del imperialismo.

Creo que el imperialismo norteamericano tiene un diferente interés político por Centroamérica que por Sudamérica. Centroamérica forma parte de su geopolítica inmediata y directa, mientras que Sudamérica está más lejana; por lo tanto, el nivel de intervención es mucho más fuerte en la región centroamericana que en el resto del continente, y esta tendencia se ha agudizado con la revolución en Nicaragua y la situación de guerra de El Salvador. Es peligroso trasladar una visión nacional o local a la problemática latinoamericana, porque se corre el riesgo de decir falsedades.

2. Los problemas de los llamados “países socialistas” o del “socialismo real”

Los pueblos de los países socialistas, especialmente en el curso de los años 80, están debatiendo y cuestionando los logros y las carencias del sistema en el que viven, disfrutan y padecen, en el marco de una profunda crisis económica. El tema ya no es sólo asunto de intelectuales “sectarios”, ni un invento maquiavélico del imperialismo y de los que le “vendían” su pluma, como tiempo atrás se caracterizaba este tipo de críticas en muchos partidos de izquierda de América Latina. Hoy por hoy, los pueblos de estos países han puesto esta problemática en la palestra ejerciendo, con diferentes ritmos y matices nacionales, sus derechos a debatir y a luchar por una mejor calidad de vida.

Sin pretender exponer aquí los complejos procesos que están viviendo estas sociedades y que parecen intensificarse cada vez más, sí me interesa señalar que un gran logro de los países socialistas o del “socialismo real” es el haber alcanzado importantes avances económicos, y demostrado que para ello no se requiere del lujo, el derroche y la apropiación de grandes ganancias por parte de los capitalistas, ni de la desocupación periódica, ni de sectores sociales sumidos en la miseria, logros reconocidos hasta por estudiosos agudos que no se reivindicaban como pro-soviéticos.³ Sin embargo, los problemas que están viviendo los pueblos en estas sociedades entrecruzan los aspectos derivados del poder de una burocracia asfixiante y de la falta de democracia política, con los de una planificación económica global. Así, el reconocimiento al derecho de huelga en la Unión Soviética y Polonia tiene un significado histórico especial que no tiene en otro país. La planificación centralizada es cuestionada no sólo por aspectos económicos de eficiencia, productividad, innovación tecnológica y distribución, sino también por la falta de libertad de trabajar donde cada quien desee, por la falta de libertad del consumidor para adquirir lo que quiere y donde quiere.

Núñez y Burbach critican el verticalismo y el autoritarismo de los partidos comunistas en la mayoría de los países socialistas del Este europeo y del tercer mundo, lo cual es valioso, pero es una crítica que peca de superficial, puesto que no analiza la situación de los países socialistas y sus problemas. Este limitante del trabajo es importante de remarcar, a pesar de que las posiciones defendidas por los autores —de pluralismo en la revolución, de democracia política y representativa antes y después de la toma del poder— indudablemente significan un avance

respecto a la Perestroika de Gorbachov, porque la situación que está viviendo el llamado mundo socialista está incidiendo, y lo seguirá haciendo, en el movimiento revolucionario del resto del mundo.

Así, por ejemplo, es muy cierto, como lo sostienen los autores, que la izquierda tendrá que levantar la bandera de la democracia como nunca antes lo había hecho. Pero además de ser éste un problema político de principio, es necesario no sólo para la política del imperialismo, como se sostiene en el texto, sino también en gran medida por el desprestigio creciente de los llamados países “socialistas” y el repudio al sistema de partido único. A ello se agrega la crisis económica global —que reconocen los autores, aunque no la analizan— que afecta tanto a las sociedades socialistas como a las capitalistas en el tercer mundo. Esto implica un cambio en la relación de fuerzas a nivel mundial, y por lo tanto, la imposibilidad de que revoluciones como la nicaragüense o luchas revolucionarias como la de El Salvador cuenten con apoyo internacional de países socialistas como el que tuvo la revolución cubana desde sus inicios. La tendencia al aislamiento internacional —en el sentido de apoyos de tipo estatal— de luchas revolucionarias o revoluciones triunfantes, es otro factor importante que exige que cada proceso revolucionario se base sólo en sus propias fuerzas y no avance más allá de lo que amplias alianzas se lo permitan, ya sea para tomar o conservar el poder.

3. La crítica al enfoque reduccionista del marxismo-leninismo

He preferido dejar este punto para el final, porque aunque los autores apuntan a ejes importantes, creo que es necesario ir más allá, si se quiere abordar seriamente el problema del enriquecimiento y desarrollo del marxismo como una concepción científica y crítica de la sociedad y como un referente teórico-ideológico para la acción revolucionaria.

Como una cuestión previa, me interesa recordar que la concepción de democracia socialista que sostienen los autores tiene antecedentes muy valiosos en los debates entre los clásicos del marxismo, en especial las posiciones de Rosa Luxemburgo, con sus advertencias sobre los peligros del abuso de poder y de la degeneración burocrática, así como la defensa de un partido revolucionario independiente del Estado, después del triunfo revolucionario, implican toda una concepción de democracia socialista,⁴ así como los análisis de Gramsci, con su concepto de hegemonía política.⁵

Como acertadamente señalan Núñez y Burbach el marxismo-leninismo tuvo un enfoque reduccionista. El problema del reduccionismo que tratan los autores se refiere a la etapa del llamado marxismo-leninismo que se desarrolló pocos años después de la revolución bolchevique en Rusia, en el periodo estalinista.⁶ El reduccionismo económico en las sociedades de transición —que para Marx era la construcción del socialismo como transición hacia un nuevo modo de producción superior al capitalismo, el comunismo—, al priorizar el desarrollo de las fuerzas productivas no sólo disoció los aspectos económicos de los políticos — como bien se afirma en el texto— lo cual es sumamente grave porque llevó a sucesos lamentables como la feroz represión y explotación del campesinado en nombre del proletariado durante el régimen de Stalin en la URSS; el reduccionismo económico también llevó a una concepción de desarrollo de las fuerzas productivas que negaba su base ecológica y condujo a una disociación entre el hombre y la naturaleza similar a la del capitalismo. Este reduccionismo, defendido además autoritaria y burocráticamente, impidió el surgimiento de un pensamiento científico-crítico ecologista y el desarrollo de organizaciones ecologistas como las que en Occidente promovieron una nueva conciencia de la relación entre los seres vivos y su hábitat, de la importancia del equilibrio ecológico y de lo peligroso, vergonzoso y bárbaro que significa concebir el desarrollo técnico como “progreso”, descuidando la conservación del medio ambiente hasta el punto de poner en peligro la vida misma del planeta en que vivimos. Es decir, las consecuencias negativas del reduccionismo económico van más allá de las formuladas por los autores, por lo que es necesario reconocer que las sociedades de los países socialistas tienen mucho que aprender del desarrollo de la conciencia social y científica de Occidente.

El reduccionismo sociológico es otro eje importante de análisis crítico. La formación social, para utilizar la categorización de Lenin, se estructura con base en múltiples relaciones sociales, dentro de las cuales el marxismo ha priorizado las relaciones sociales de producción en la medida en que éstas configuran la base material de la sociedad. Pero esto no implica reducir las contradicciones que las relaciones sociales generan entre las personas a las que se dan entre explotados y explotadores bajo el sistema capitalista. Para avanzar en la construcción de un proyecto revolucionario que concentre y canalice todo el potencial social y político de la rebeldía acumulada en la etapa histórica actual es necesaria la construcción de un sujeto revolucionario plural —como se afirma

en el texto. Pero también aquí es necesario ir más allá aún, en el sentido de valorar y promover el desarrollo de la crítica revolucionaria y la organización independiente y autónoma de los sectores dispuestos a luchar contra los diferentes tipos de relaciones sociales que generan desigualdades discriminatorias o de marginación, cuando no de represión directa contra las personas por su género, edad, raza o etnia, religión, opción sexual o nacionalidad. La cultura política actual ha generado un nuevo imaginario colectivo de revolución social que no puede eludirse. No tendría legitimidad política una revolución futura que en nombre del proletariado, el marxismo y la revolución, empañe su grandeza, como lo hizo la revolución cubana, al reprimir a los homosexuales.

Otro factor causante de limitaciones democráticas en el socialismo, y que está ausente en este capítulo de Núñez y Burbach, ha sido el reduccionismo ideológico. Asumir el marxismo como la teoría revolucionaria más completa y avanzada no significa concebir este cuerpo teórico como un dogma, ni reconocer la genialidad de los fundadores del marxismo implica desconocer sus limitaciones históricas. Un proyecto político revolucionario hoy, capaz de ir construyendo un nuevo poder social y político, no puede tener como único referente teórico-ideológico al marxismo, sino que debe integrar sus aspectos más revolucionarios con los del feminismo, el ecologismo y una concepción de los derechos humanos y de las identidades nacionales contemporáneas. Desde este marco deberá realizar una reinterpretación materialista de la historia, del socialismo, de sus estructuras de poder y de su participación y de las tendencias del devenir histórico en el futuro. Esto es lo que implica desarrollar hoy el marxismo superando su crisis actual, como proponen Núñez y Burbach, objetivo no sólo válido, sino necesario.

Finalmente, sólo nos queda agregar que es realmente gratificante y alentador comprobar una vez más que la revolución nicaragüense, mientras lucha diariamente contra la agresión imperialista y sus aliados regionales, premia textos como éste, con reflexiones sobre temas tan importantes para la izquierda y el movimiento democrático latinoamericano, en la indudable búsqueda por construir una sociedad distinta, más justa y más igualitaria.

NOTAS

¹ Orlando Núñez y Roger Burbach, *Democracia y Revolución en las Américas*, Editorial Vanguardia, Nicaragua, 1986.

² Dabat y Loeunzano, *Conflicto malvinense y crisis nacional*, Ed. Teoría y política, México, 1983.

³ Alec Nove, *La economía del socialismo factible*, Ed. Siglo XXI, México, 1987.

⁴ Rosa Luxemburgo, *Crítica de la Revolución Rusa*, Ed. La Rosa Blindada, Bs. As. 1969.

⁵ Antonio Gramsci, *Notas sobre la política, sobre Maquiavelo y sobre el estado moderno*, Ed. Nueva Visión. Bs. As. 1979.

⁶ Otro punto por aclarar es que los autores ubican la comuna de París erróneamente en 1848, siendo que se refieren a lo que Marx llamó el primer estado proletario, con la implantación de la comuna de París en 1870.